

VACONMIGO



# CIELITOS Y DIALOGOS PATRIOTICOS

Bartolomé  
Hidalgo



---

175 velitas  
para Bartolomé Hidalgo

ANGEL RAMA

---

Primer poeta de la patria, primer cantor de la gesta artiguista, primer director patrio de la Casa de Comedias, primer versificador de los gauchos orientales, este Bartolomé Hidalgo para quien encendemos hoy las 175 velitas reglamentarias de su torta de cumpleaños, no es un poeta, sino una piedra fundacional. Sobre ella se yergue una literatura con 150 años de trabajos forzados para constituirse, tal como él implícitamente la quiso, independiente, original, nacional, intérprete de una sociedad con dinámica vocación de existencia autónoma. Porque cuando queremos volver por los fueros de la soberanía, del orgullo y de la dignidad nacional, de la voz propia con coraje y desenvoltura viril, entonces volvemos a oír cantar, a la puerta de nuestra historia literaria, a este "oscuro montevideano". Y ni siquiera es su voz particular la que suena entre los rasguídos de las guitarras, sino la voz ronca, decidida y fuerte, de un pueblo que aún usaba bota de potro, que se jugaba revolucionariamente la vida, que cantaba con toda su garganta la alegría de la patria recién descubierta.

El pudo haber dicho, el primero: "*Porque yo canto opinando, que es mi modo de cantar*", y aun pudo haber dicho: "*Porque yo canto con todos*". Negros, mulatos, criollos, patizambos, gauchos y pobres ciudadanos, el canto de todos se enreda con el suyo, hasta el punto de que las dos palabras: "Bartolomé Hidalgo", se transforman en una marca con la cual se cubre una mercancía de fabricación colectiva, y los estudiosos admirativos han ido sumando a la producción de Hidalgo todas aquellas canciones anónimas en que se trasunta el espíritu altivo de la independencia. Paradoja viva de la historia: un hombre débil, enfermizo, humilde, un hombre a quien los relámpagos de la tormenta revolucionaria muestran con gesto cauto y sensato, ha terminado amparando con su pabellón la violencia desatada de una sociedad que voceaba la palabra libertad. Es justo: él había oído bien la voz de ese pueblo, porque él pertenecía de lleno a ese pueblo.

## OSCURO MONTEVIDEANO

Allá por 1730 sus padres se trasladan de la patria grande (Buenos Aires) a la patria chica (Montevideo), y aquí siguen buscando empecinadamente al varón. Todas "chancletas": Catalina, María Antonia, Cándida Ramona, Francisca Tomasa (estas dos últimas se mueren de niñas) y allá, cuando ya se habían perdido las es-

peranzas, el 24 de agosto de 1788, el primer y único varón: Bartolomé. Si de algo estamos seguros es de que eran pobres de solemnidad; hasta los hijos fueron bautizados de limosna, y vivían dentro de los muros de la ciudad, hacinados en la casa de Dobal, donde las mujeres triplicaban a los hombres.

No tenemos un retrato de Bartolomé. Demasiado pobre, demasiado humilde para alcanzar esa delicadeza del gusto que ni siquiera obtuvo Artigas. Si hubiera transigido con la Cisplatina como los lugartenientes del héroe, si hubiera hecho las consabidas genuflexiones al Barón de la Laguna, pudiera haber disfrutado de esa moda que irrumpió con la dominación portuguesa: la del retrato y la de la miniatura, con las cuales la buena sociedad de Montevideo comenzaba esa larguísima y jadeante carrera para ponerse "á la page" con las cortes extranjeras, siempre a la cola y siempre corriendo.

El primer poeta de la patria no tiene rostro; como el poeta desconocido, es sólo voz que canta y opina. Si hubiéramos dispuesto de su retrato, muchas cosas se habrían aclarado, como ser las insidias del padre Castañeda, en 1821, cuando Hidalgo estaba exiliado en Buenos Aires. Allí publica su *Diálogo patriótico interesante entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las islas del Tordillo, y el gaucho de la Guardia del Monte*, uno de sus textos capitales donde más que el ideario federativo, como se ha pretendido ver, expone los principios primarios de lo que debe ser una vida democrática, tal como acababan de descubrirlo los patriotas a lo largo de su lucha. A saber: la igualdad de derechos, el respeto de la ley, la distinción exclusivamente por los méritos personales.

"*El mérito es quien decide*", afirma lindamente el Chano, y ello provoca la furia de uno de los curas más furiosos que tuvo la independencia, el iracundo padre Castañeda, autor de denuestos, inflamadas oraciones, poemas políticos y toda la gama del periodismo "*gauchipolítico*", que arremete contra tal pretensión democrática: "*El mérito personal, si no se acompaña con otras circunstancias no es por sí solo capaz de elevar al hombre sobre los otros hombres; el mérito individual es preciso que sea calificado por la sociedad, y la sociedad, aun después de calificar el mérito, es libre para emplear o no al sujeto en su administración y servicio*". Estamos, como se ve, en la reacción antidemocrática que había seguido a la gran esperanza, y nuestro Hidalgo, que por ello se había ido de su querida Banda Oriental, encuentra aquí la misma oposición a valorar y jerarquizar a los hombres por lo que son, individualmente, y no por la riqueza o el poder que ostentan. Pero encuentra

algo más: la injuria personal y el solapado racismo, que siempre han ido de la mano con las formas antidemocráticas.

Dice Castañeda: "Tenemos largas noticias de que el *obscuro monteideano* es bastante tentado de eso que se llama *la igualdad*; y también las poseemos sobre el *motivo* que tiene para desear que todos seamos iguales: pero el *motivo* queda entre nosotros. Lo que sí diremos es que como hay algunos impedimentos físicos y también morales que le prohíben insistir en que seamos como él *en clase y figura*, recurre a la igualdad con que la ley debe mirarnos a todos...", y más adelante vuelve otra vez, en bastardilla para que se aprecie bien, sobre el "*obscuro monteideano*". Esta alusión sobre lo oscuro, es clarísima: se trata de un problema de color de piel que, para Castañeda, imposibilita la igualdad. ¿Bartolomé Hidalgo era mulato? ¿Fue acaso el Nicolás Guillén de la independencia? En una carta privada que Joaquín de la Sagra y Périz dirige a su amigo Agustín Rodríguez, en 1817, chismeándole de las pequeñas intrigas que se producen en Montevideo bajo la nuevecita autoridad portuguesa, le cuenta uno de esos traspies políticos que se producen con las obras teatrales cuando cambian las autoridades. (Lo mismo que al pobre Achucarro en la obra de Larreta *Un enredo y un marqués*, cuando pasamos de la dominación lusitana a la brasileña.) En la comedia *Siempre triunfa la inocencia* aparecía un rey de Castilla. Escándalo, denuncias ante el gobernador y, para tranquilizar a todos, obligación de que el censor de la *Casa de Comedias*, que lo era nuestro Bartolomé Hidalgo, se encargara de vigilar esos detalles. Concluye diciendo Joaquín de la Sagra: "*Posteriormente llevó una comedia al mulatillo Hidalgo, que está de corrector, y en una escena donde para publicar un bando decía el original «Por el rey», borró estas palabras, y puso «Por el general».*"

"Mulatillo Hidalgo", "obscuro monteideano", ¿eran fórmulas despectivas para referirse a un hombre que Andrés Bamas describiera como "*de constitución débil y enfermiza*" o definían una real mezcla de sangres? En la dignísima respuesta que Hidalgo da al texto del padre Castañeda, luego de explicar su conducta civil y la limpieza con que manejó los fondos de la patria, agrega sobriamente: "*Lo demás que contiene son insultos extraordinarios, y yo no me hallo autorizado para insultar a nadie, pues a más de ser un arma que no conozco, mi triste educación me lo prohíbe*". Pienso que este hombre humilde, que a través del fenómeno liberador de la revolución, vio abierto el camino de una nueva vida, igualitaria, democrática, digna, reencontraba las condiciones oprimentes de la sociedad colonial que él mejor

que otros conocía apenas transcurridos veinte años del estallido de la gran esperanza.

## MONTEVIDEO, QUÉ Lindo TE VEO

Nació en 1788. ¡Montevideo era hermosa, entonces, para los ojos de un hombre que la vio crecer de la nada, y se llamaba José Pérez Castellano! El año anterior, 1787, en el más delicioso texto que conservamos de nuestra época colonial, Pérez Castellano le describía la ciudad a su antiguo maestro de latinidad, entonces en Italia. Amorosamente pintaba a la acuarela sus árboles, sus casas y sus primeras rejas, las incomprendibles variaciones de las modas femeninas, que este buen presbítero era capaz de ver con buen ojo, el puerto lleno de barcos y los cueros que cubrían todos los espacios libres (432.000 habían salido en un convoy de 25 barcos para Cádiz). Dentro de los muros él contaba unas mil quinientas habitaciones; la Matriz tenía ya ocho altares y un órgano que *"puede ser bueno para cualquier otra iglesia"*; los balcones de hierro ya eran comunes y las casas se fabricaban con azoteas y cornisas; habían aparecido los aljibes en los patios y su agua se ponderaba *"más delgada que la de Canarias"*; teníamos seis variedades de lechugas y tres de escarolas, entre ellas las deliciosas endivias que no han vuelto a verse; de coches andábamos pobres, apenas ocho que sólo *"tal cual vez se ven rodar por las calles"*; en cambio teníamos un Lector de Filosofía, Chambo de Santa Fe, en el Convento de San Francisco, nuestro único centro docente; las costumbres se dulcificaban y los cabildantes *"ya no van a la iglesia con capas y con el pelo tendido, van con casaca nada menos que de terciopelo en el invierno y de tercianela en el verano"*; el comercio progresaba a otros vistas y las mujeres, ya en 1787, confundían a todos con las variedades de la moda: *"Baste decir que el peinado alto y en figura de mitra, aunque algo más ancho, es aquí viejo; que lo han rebajado y lo han subido diversas veces, que siempre se conserva en el fondo, pero que jamás es el mismo en los accidentes y en el adorno. En los zapatos usaron tacos altos y los rebajaron hasta el extremo de no usarlos ni chicos ni grandes; los volvieron a tomar, pero por grados, hasta llegar a la mayor altura. Regularmente visten con honestidad sin descubrir jamás los pechos, y muchas veces ni aun la garganta, digo muchas veces, porque algunas están de otro parecer."*

## POETA Y FUNCIONARIO

En 1800 entró el loco siglo XIX. Bartolomé tenía doce años; era huérfano con todas las mujeres a su car-

go y en edad de sostenerlas. Dónde y cómo estudió es un misterio. Mejor dicho, tiene que haber aprendido sus primeras letras en el convento de San Francisco, en la antigua Casa de Residencia de los padres jesuitas, que estaba aquí al lado, en el Nogaró, o acaso le enseñó por su cuenta alguno de los franciscanos, pues no parece posible que concurriera a las pocas escuelas privadas, e incluso sorprende, si acaso fuera mulato, que se lo recibiera en una escuela junto a los blancos. La sociedad colonial tendría costumbres muy sencillas pero no se apeaba de sus jerarquías muy nítidas: la limpieza de sangre era condición requerida para los empleos y estaba terminantemente prohibido enseñar a los negros las letras y aun los oficios. No se fueran a ensoberbecer. Este aprendizaje misterioso fue la palanca de su ascenso social, coronado por el fenómeno revolucionario.

Como sabía leer, y escribía con una suntuosa letra perfilada, como sabía las cuatro operaciones aritméticas, y con esos conocimientos podía compensar su incapacidad física para atender los trabajos rudos a que quizás por su origen estaba condenado de antemano, bien podía ingresar en el nuevo mercado del trabajo que el comercio montevideano había creado: sería escribiente en una casa comercial. En 1803 lo encontramos trabajando en el negocio de Martín José Artigas, sí, el padre del caudillo inminente, donde también era dependiente otro poeta, Eusebio Valdenegro. Curioso destino. Por su origen pudo haber pasado en la oscuridad y el silencio. La respuesta que da a su enfermedad, quizás la protección de alguien importante —un sacerdote, ese Hidalgo escribano del rey que no sabemos que haya sido pariente— le permite alcanzar un nivel cultural que lo saca de su baja colocación social. Todavía no puede aspirar a un empleo oficial en la administración española, pero he aquí que el desarrollo creciente de la nueva sociedad mercantil criolla abría para él un mercado de trabajo: será entonces empleado, para establecer el signo que regirá hasta hoy a los intelectuales nacionales. Empleado particular primero, después modesto escriba ministerial, y cuando la destrucción de la autoridad imperial, empleado del estado y aun alto funcionario.

Pero este empleado que desde la *Gaceta de Montevideo*, durante el sitio, Fray Cirilo tildaba despectivamente de “cultilatíniparlo” —y Fray Cirilo que perdía su tiempo en el Montevideo sitiado antes de ser llamado al alto cargo de general de su orden, bien podía burlarse de la cultura ambiente de los criollos— se educaba en el retórico neoclásico de su tiempo. Es posible que hubiera leído con afán neófito los sonoros poemas que Francisco Antonio Cabello y Mesa publicaba en su *Telégrafo mercantil, rural, político-económico e historiográfico*

*fico del Río de la Plata*, primera hoja periódica que conocimos de 1807 a 1813 y donde con los verbosos comentarios de su director hispano, se publicaron las grandes odas de Labardén y las del administrador de la Real Aduana de Montevideo, Prego de Oliver; es posible que acechara la librería de José Cutiellos —única en la ciudad— donde todas las noches el dueño hacía tertulia con Dámaso Larrañaga y Manuel Acuña, aunque si nos atenemos a las opiniones del “gentleman recently returned” que publicó en Londres, 1808, sus *Notes of the Viceroyalty of La Plata* y quien había visitado esa librería, la obra más voluminosa y casi única que encontrara fue la *Lista de Publicaciones Prohibidas por la Santa Inquisición: doce volúmenes en octavo*; es posible que se asomara a la *Casa de Comedias* para oír los dramas ripiosos que prolongaban la descendencia del barroco español sobre nuestro único escenario creado bajo el signo de la reacción; es posible que ya escribiera *poemas con su pulcra caligrafía*.

### PRIMEROS EJERCICIOS

Montevideo era plaza militar, bien amurallada. Por ella iban y venían soldados, en ella se guardaba un parque nutrido, la guerra contra los variables enemigos —el portugués, el indio, los piratas— era actividad normal. Los buenos comerciantes distaban mucho de ser apacibles tenderos, y no era raro que las casas fuertes (Berro y Errazquin, Antonio Masini y &) armaran el corso, fletando barcos bien pertrechados (las hazañas de Hipólito Mordeille) que salían a recorrer el Atlántico, hasta las costas africanas, para caer sobre las naves inglesas y al abordaje como en una novela de Salgari, apoderarse de sus cargamentos de negros, amén de las naves y su armamento, que luego depositaban orgullosamente en la bahía montevideana. Que eran hombres de agallas lo demostraron en ese ensayo general de la revolución, que se llamó “las invasiones inglesas”, especialmente en la Reconquista de Buenos Aires, que dio lugar a la más enconada discusión acerca de a quién pertenecía el mérito, si a los porteños o a los orientales, y en la que estos últimos no cejaron hasta conseguir el título de “Muy fiel y reconquistadora” para ponerlo en el escudo y estrenar el más soporífero drama, *La lealtad más acendrada y Buenos Aires vengada*, donde el presbítero Juan Francisco Martínez probaba con categóricos ripios nuestra generosidad fraternal, nuestro valor, nuestro sacrificio. Como pasa siempre, no tardó mucho en invertirse la balanza y ser los porteños quienes se encargaron de la generosidad, el valor y el sacrificio. Para ese entonces ya conocíamos la guerra contra un

ejército regular bien preparado y la subsiguiente ocupación cuando los ingleses pusieron el mostrador y desplegaron la mercancía que el convoy de los comerciantes de Manchester y Liverpool traía a la espera de que los militares abrieran la puerta para que ellos cumplieran su coexistencia pacífica.

En el Cardal combatió Bartolomé Hidalgo, que tenía entonces dieciocho años. Única intervención en un combate que le conocemos, lo fue en uno de los mayores desastres, probatorios de la ineficacia que podían revelar los jefes españoles, en particular el famoso Marqués de *Tras los Montes*. "*Cuando yo vi salir por el Portón a los nuestros —dice Pérez Castellano— no pude contener las lágrimas, compadeciéndome de la desgraciada suerte de unos hombres valientes y honrados, mal dirigidos.*" Y esto, lo de ser "mal dirigidos" es cosa que ni se perdona ni se tolera mucho tiempo. Sólo tres años se tardó en demostrarlo.

Los ingleses se fueron pero las mercancías se quedaron y no valió Derecho de Círculo que imposibilitara su entrada al virreinato. De Liniers al último funcionario, todos decidieron vestir a la inglesa. "*Cuando usted me encargó la valija le destiné una de cuatro que compré; las otras tres las tomamos Corcuera, la iglesia y yo; pero no tienen nada de particular*", escribe Francisco Juanicó a un corresponsal. Y a otro argentino: "*Ignoro dónde se haya comprado la carpeta de que usted me dice... He visto todas las tiendas inglesas, y no he podido encontrar la carpeta, ni hay otra en ésta, pues la que recibió Liniers se la mandó Masini. Crea usted que me ha sido sumamente sensible que no se encuentre otra igual.*" El joven Hidalgo, ya meritorio del Ministerio de la Real Hacienda, vio este súbito enriquecimiento, y algo le debió tocar aunque en reducida parte. Es probable que también él contribuyera al río poético que desencadenaron las Invasiones, aunque nada conservamos: a los miles de octosílabos de Rivarola contestaba desde esta Banda Prego de Oliver con su oda a Liniers y su oda a la muerte de Abreu. La poesía cumplía función pública y en los festejos, desfiles y regocijos del triunfo se colgaban grandes carteles conteniendo poemas alusivos, donde Marte, Neptuno y las Ninfas se entremezclaban con los héroes del vecindario, repentinamente ascendidos a un trato familiar con el Olimpo de los dioses. A imagen de los franceses de la revolución, también nosotros tuvimos nuestra "época romana" y es lástima que nos haya faltado un David, aunque fuera al tamaño "oriental", para que pintara músculos y grandes gestos heroicos entre cascadas de ninfas vociferantes.

## EL POETA DE LA REVOLUCIÓN

La providencia había establecido que la primera composición poética conocida de Hidalgo correspondiera a la gesta libertadora. Nombrado en el oficio de Artigas al gobernador del Paraguay como uno de los patriotas decididos con que se contaba en Montevideo, el movimiento de 1811 lo tiene entre sus ardientes partidarios. Como dirá, en su famosa respuesta al padre Castañeda, *"desde 1811 hasta 1815 tuve el honor de servir a la patria del mejor modo que mi juicio y mi capacidad me permitían"*, y ese servicio fue, no como soldado, que por limitaciones físicas no lo podía ser, sino en todo aquello en que su capacidad intelectual resultaba invaluable ayuda: secretario, comisario de guerra, administrador, oficial de tesorería, director de Correos y, desde luego, poeta, con la función cívica y popular que un poeta debía desempeñar en ese tiempo y en esas circunstancias.

Actúa a las órdenes del capitán José Ambrosio Carranza, a quien correspondió la reconquista del litoral, tomando Mercedes y Paysandú, y puede sospecharse que los partes y comunicaciones a la Junta y a Rondeau pertenezcan a la letra de Bartolomé Hidalgo, como éste, entre heroico y humorístico, con que se cuenta la ocupación de Paysandú y la actitud de la flotilla portuguesa instalada frente a la ciudad: *"Ellos se mantienen a la vista; no sé cuál sea el proyecto de la escuadra auxiliadora de Paysandú, que en número de 17 buques forma línea de batalla a distancia de paz, en tiempo de guerra; todo lo convierten en pasar a degüello, señalar-nos el rostro por esclavos; pero creo que ya estas operaciones las reducen a teórica y reglas matemáticas, y sólo la práctica la hacen lucir en la ligereza de huir cobardemente, unos oficiales tan bien uniformados, de unos infelices patricios, sin más armas, la mayor parte, que el deseo de vencer. Disculpe V. E. esta digresión y concluiré diciendo..."*

Posiblemente es de entonces la *Marcha Oriental*, la primera composición de Hidalgo que conocemos, y donde el aparato neoclásico de la exaltación patriótica se expande por el instrumento de suyo sonoro del canto marcial. Es el primer himno de la patria, muy anterior al que Acuña de Figueroa, por ese entonces realista, había de fabricarnos, con Atahualpa, el inca que bate las palmas y todo el folclore de la heroicidad al uso de los salones. El himno de Hidalgo es mucho más sencillo, más torpón, más transido de verdad:

*¡Orientales! La patria peligra,  
reunidos al Salto volad.*

*Libertad, entonad en la marcha,  
y al regreso decid, ¡Libertad!*

Si no supiéramos, por la historia, que lo que mentaban estos versos era la purita verdad, ¿quién los pudiera leer sin sonreírse?

*Gloria, ¡oh patria! Que tus orientales  
muerte gritan con harto placer,  
y tranquilos bajan a la huesa  
sin cadenas, que saben romper.*

Me sospecho que éstos fueron los años más felices de Hidalgo. Carranza lo estimaba y lo protegía, admiraba su contracción al trabajo y la seriedad con que cumplía sus funciones, oficiaba a la junta solicitando que se le nombrara comisario del ejército, y la propia junta hacía suyas sus palabras: "*Sujeto de pulso y madurez*" en quien "*concurrían las buenas circunstancias de patriotismo y demás apreciables cualidades*", aunque no llega a fijarle el sueldo requerido por Carranza. Artigas le escribe con esa distante cordialidad de Jefe Supremo, y con un rasgo del gran estilo que frecuentaba le pide que "*al fomentar su entusiasmo se concilie la prudencia y nuestro deseo*". El triunvirato lo declarará "*patriota benemérito*" cuando apenas tenía 23 años.

En la zona de la vida psicológica, una revolución funciona como potenciación de facultades y como magnificación de las oportunidades de llegar a ser intensamente alguien, muy por encima del horizonte restringido de la vida anterior. El ideal napoleónico de miles de franceses. Hidalgo estaba llegando a ser.

## EL POETA POPULAR

Él declaró haber participado de ambos sitios de Montevideo, o sea de mayo a octubre de 1811 y de octubre de 1812 hasta junio de 1814, diciendo de este último: "*Se marchó sobre Montevideo y en veintidós meses de un nuevo sitio en cuya serie jamás faltaron movimientos tristes, y siempre alarmantes, dígame si fuera del más exacto cumplimiento por mis deberes, se me conoció alguna vez mezclado en partidos, reuniones, ni juntas*".

Es imperdonable que no hayamos tenido un Galdós que novelara los episodios nacionales o que Acevedo Díaz hubiera tocado más asuntos de nuestra historia. El sitio, o los sitios de Montevideo, hubieran dado abundante material. Sitar un puerto es cosa más difícil que sitiar a Troya, como no supo reconocer Dumas respecto al sitio de la Guerra Grande. La situación militar se estanca

y mientras van y vienen gestiones, mientras se pelean entre sí los sitiadores y mientras los sitiados gestionan más recursos, la vida prosigue, ambos bandos conversan, se injurian, se desafían a combates individuales para probar el valor, se pelean para robarse mutuamente los melones, se hacen la guerra de los pozos de agua y, más efectiva, la de la farfisa.

Como si fuera poco, en nuestro sitio no sólo se enfrentan realistas y patriotas, sino además dos poetas: de un lado Hidalgo, y del otro, sentado atentamente sobre las murallas para no perderse un detalle de lo que ocurría, un cajetilla de 21 años, hijo de funcionario, Francisco Acuña de Figueroa, que versificará día a día lo que ocurre en el sitio, y en el más pedestre de los estilos, aguachirle del neoclásico, llevará la cuenta de los combates, de los muertos, de los negros que como una fila de hormigas se escapaban de la ciudad para engrosar el batallón de morenos de los sitiadores.

Hasta lleva la cuenta de la guerra de los poetas, o, para no exagerar, de los versificadores. *“Solían los sitiadores acercarse a las murallas, tendidos detrás de la contraescarpa a gritar improperios o a cantar versos.”* Otras veces eran las famosas mujeres-dragones, como la muy celebrada *“Victoria la cantora, que solía algunas noches acercarse detrás de la contraescarpa a cantar con guitarra”*. Poesía popular, que no se distinguía por su delicadeza, que utilizaba los metros de la décima o del cielito, que se acompañaba del instrumento, que inventaba el sarcasmo, el insulto, la grosería, para perpetrárselos al enemigo en un modo que será consustancialmente nacional. Era la tropa y eran los jefes los que competían en la invención, mientras Acuña de Figueroa, del otro lado de la muralla, anotaba presurosamente las letras, tan seguro estaba de que era testigo de grandes sucesos históricos. Incluso trataba de encontrar la filiación de los autores, y su admiración iba sobre todo a Eusebio Valdenegro que había descubierto el modo de parlamentar en verso, clavando un día en la tierra de nadie dos pendones, uno rojo y otro blanco, acompañados de esta décima: *“El blanco y rojo color / con que la patria os convida, / es para que se decida / vuestro aprecio en lo mejor. / Si al rojo, vuestro valor / breve os sabrá castigar; / y si al blanco queréis dar / discreta y sabia elección, / contad con la protección / del Ejército Auxiliar.”*

Otra vez era Domingo Sáenz, oficial de los Dragones de la Patria, que contaba en verso el ajusticiamiento de los espías españoles, o era una improvisada murga, con solista y coro, que les entonaban un responso: *“Vigodet con sus gallegos / murieron de consunción / y este responso les cantan / los libres de la nación. / Kyrie eleisón, Kyrie eleisón. / El escorbuto*

y la sarna / causaron su destrucción, / y detrás iban llorando / mil godos en procesión. / Kyrie eleisón, Kyrie eleisón." Los mejores ejemplos de esta larga serie, donde los había tan indecentes como para que Acuña, que nunca hizo ascos a la grosería, se indignara, fueron atribuidos a Hidalgo, aunque no hay ningún elemento probatorio de su paternidad. Como la hay poca de sus cielitos, donde la musa popular levanta vuelo llena de gracias, de humor, de ingenio, dando categoría artística a un género que todavía no la había alcanzado.

## EL POETA EN EL TEATRO

El tiempo corre rápido en estos años. Artigas se retira, los españoles pactan la entrega de la plaza, Alvear entra con toda su saña. Nicolás Herrera trata de cobrar todas sus deudas atrasadas coloniales y algunas más, el pobre Pérez Castellano se lamenta sin cesar de la destrucción provocada por los ejércitos en las afueras de Montevideo y ya desesperado se encierra a escribir sus admirables *Observaciones sobre agricultura*; la entrada de Otorgués, a pesar del fiero aspecto de sus gauchos montoneros, es recibida con loas de acción de gracias luego del ensañamiento de Alvear; ya el joven Acuña de Figueroa se ha escurrido para Río de Janeiro, pero no es el único, las fuertes casas comerciales también se han ido desplazando para continuar sus operaciones desde lugares seguros; ya hay señales de fatiga en el vecindario para esta larga guerra y la autoridad de Artigas es soportada con resquemor. Él no se aproxima a Montevideo: rige la ciudad desde lejos, su voz resuena engrandecida por encima de estas tierras azotadas, y aunque estamos en el minuto de su apogeo, estamos también en el minuto de la traición. Para los montevidéanos, Artigas comienza a ser el enemigo.

Hidalgo trabaja empecinadamente en la estructuración civil; ocupa brevemente el Ministerio de Hacienda, cargo que quizás a Artigas le parezca excesivo; pasará a ser oficial del mismo ministerio; había ocupado antes, bajo Alvear, la dirección de Correos, y por último encontrará su lugar, en este momento en que el proyecto de Biblioteca Pública de Dámaso Larrañaga y los diversos esfuerzos para desarrollar la educación, muestran el afán de crear una nueva sociedad, en la *Casa de Comedias*.

El 30 de enero de 1816 se estrena su "unipersonal" *Sentimientos de un patricio* que luego se llamará *de un patriota* con lo cual se constituye en el primer dramaturgo de la patria, y, como premio a tal hazaña (¡oh épocas!), de inmediato se le nombra di-

rector del teatro *La Casa de Comedias*, que había sido creada por Manuel Cipriano de Melo “*para divertir los ánimos de los habitantes de este pueblo que podrían padecer alguna quiebra en su fidelidad, con motivo de la libertad que había adoptado la República Francesa*”, se llena de un público que descubre un acento insólito sobre los escenarios cuando al levantarse el telón sobre un bosque ve salir a un oficial con espuelas, sable y látigo, y declamar:

*¡Oh patria!, ¡oh patria! ¿A su sagrado nombre  
quién resistir podrá? ¿Quién indolente  
verá que los tiranos hoy tu seno  
raskan atroces, manchas insolentes?*

El pobre don Manuel Cipriano de Melo debió revolcarse en la sepultura oyendo en su teatro, creado para intensificar la devoción realista, esta voz: “*De libertad el grito hiende el aire*”.

## HASTA CUÁNDO

Pero ya se aproxima Lecor. Hidalgo pondrá sal y energía en la voz de los patriotas que se le enfrentan, solos.

“*El portugués con afán / dicen que viene bufando. / Saldrán con la suya cuando / veña o Rey Dom Sebastián.*” Pero Lecor avanza. Derrota tras derrota sufren las tropas artiguistas. Lecor avanza. “*Ellos traen facas brillantes / espingardas muy lucidas / bigoteiras retorcidas / y burriqueiros bufantes.*” No hay ayuda porteña, no hay ayuda de los comerciantes, no hay ayuda de los propios jefes patriotas. Lecor avanza. “*Cielito, cielo que sí. / Es inmutable verdad, / que todo se desconcierta / faltando la humanidad.*” Artigas marcha al norte y sólo lo acompañan los indios, de quienes se despiden en la frontera paraguaya. Lecor entra en Montevideo. Se ha terminado la heroicidad y comienza la ignominia nacional, el reino del sarao y de los títulos, el esplendor del teatro, el genuflexo Club del Barón de la Laguna con algunos nombres conocidos: Dámaso Larrañaga, Rivera, Llambí.

—¿Y tú qué haces, Hidalgo? Hay que vivir, no tengo dinero, tengo que atender a mi madre, tengo estos problemas con mi cuñado y con mi hermana, hay que vivir. Ya no eres director, eres simple censor de la *Casa de Comedias*. Lecor aprieta pero no ahoga. Sí, soy censor, hay que vivir, hay que cuidar el teatro, que pongan sobre el escenario el retrato del emperador, que se enciendan todas las luces, que se levante el telón, que juremos fidelidad, hay que vivir, hay que tachar de los

textos toda alusión al pasado, no hablar de Artigas, no usar la palabra patria. ¿Hasta cuándo, Hidalgo? Hay que vivir, ellos reciben títulos, empleos, qué bien visten, cuántas fiestas para ellos solos. Pero a ti no te invitan, tú eres el "mulatillo Hidalgo". ¿Hasta cuándo?

A comienzos de 1818 cruza el río para no volver más. Ése fue su *hastacuándo*; hasta el límite de la dignidad nacional. El exilio, un casamiento que al fin pone un cierto orden a su vida, el agravamiento de su enfermedad, la muerte el 28 de noviembre de 1822. Pero antes de este fin, la posibilidad de cantar de nuevo, de usar la palabra *Patria* con mayúscula, y la palabra *Libertad* con mayúscula, y cantar al "*Triunfo de Lima y el Callao*" y de lamentarse de la desunión de los pueblos del Río de la Plata, y crear sus piezas más maduras, las que explican que hoy *festejemos* su 175 aniversario: el "*Diálogo patriótico interesante*", y el "*Nuevo diálogo patriótico*", la "*Relación*" de las fiestas mayas de 1822.

Aquí domina su instrumento, reencuentra desde una óptica más calma sus personajes gauchescos, sienta firmemente su ideario democrático, su sentido de la justicia y del derecho del pueblo, hace del habla popular un conductor feliz de la invención poética, establece las bases de una auténtica poesía, cuyo arrojio cívico va junto a la frescura del lirismo, a la verdad limpia, nuevecita, recién creada, de la poesía uruguaya.

Salvo Florencio Sánchez, no hubo en el país ningún otro escritor que estuviera tan honda y legítimamente metido en la entraña de la nacionalidad oriental, ayer como hoy, y aquí y ahora.

Esta nota debe mucho a diversos libros y papeles, pero debe más a los trabajos de Francisco Bauzá, Martiniano Leguizamón, Mario Falcao Espalter, Setembrino Pereda, Gustavo Gallinal y Lauro Ayestarán. Y a los consejos de mi amigo Antonio Praderio, de quien esperamos la edición definitiva de las obras de Hidalgo, y a quien ofrezco estas páginas.

A. R.

(Este ensayo fue publicado en el Semanario *Marcha* Nº 1181, el 8 de noviembre de 1963.)



Primer poeta de la patria, primer cantor de la gesta artiguista, "creador del género gauchipolítico" como lo llamó Sarmiento, Bartolomé Hidalgo (1788-1822) es también una piedra fundacional de nuestra literatura.

Sirvió a la revolución con arduo esfuerzo cotidiano: "Secretario, comisario de guerra, administrador, oficial de tesorería, director de Correos y, desde luego, poeta, con la función cívica y popular que un poeta debía desempeñar en ese tiempo y en esas circunstancias". Prueba son sus famosos y populares "Cielitos" y "Diálogos Patrióticos".

Introducción por Mario Benedetti y Ángel Rama.